

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**

LA MOMIA DEL TITANIC

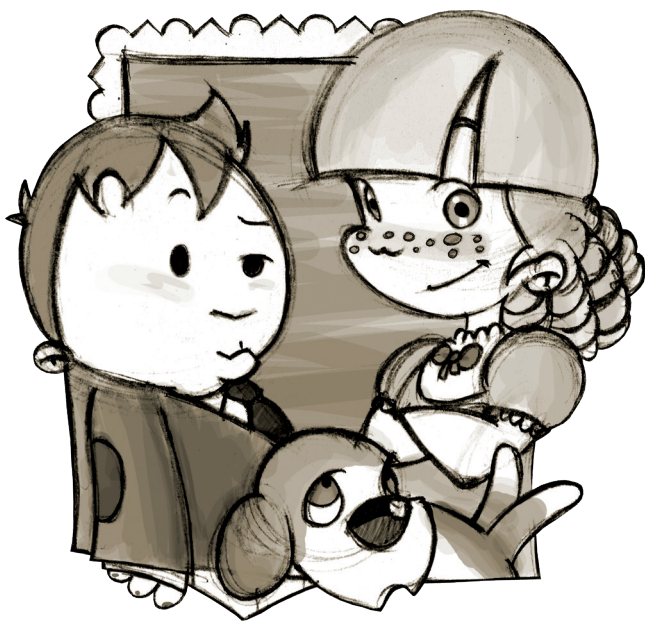
Ana Campoy



edebé

LAS AVENTURAS DE
ALFRED
& AGATHA
LA MOMIA DEL TITANIC

Ana Campoy



edebé

© Ana Campoy, 2014
© Edición: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
© *Diseño e ilustración:* Álex Alonso

Primera edición: septiembre 2014

ISBN 978-84-683-1290-3
Depósito Legal: B. -2014
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Irene Herrero,
como no podía ser de otra manera.
Y para Carlota Echevarría,
que pertenece a la misma especie.*

Índice

Prólogo	7
1. El viaje de Hércules	15
2. Los secretos del antiguo Egipto	23
3. El cuarto amigo	45
4. La demostración de los Zancig	57
5. Un titular inesperado	77
6. Extrañas circunstancias	93
7. Una nueva investigación	107
8. El asunto del museo	121
9. Dos casos a la vez	143
10. Una visión impactante	159
11. Bajo la luz de la luna	173
12. El prestigio de la agencia	195
13. La hora de la verdad	211
Epílogo	227
¿SABÍAS QUE...?	235

Prólogo

Diario de William T. Stead
(en taquigrafía)

Londres, 10 de enero de 1902

***M**e dispongo a relatar los acontecimientos tan extraordinarios que sucedieron tres días atrás, en la ciudad de Dublín, Irlanda. Sin duda, la naturaleza de los hechos daría lugar a una buena novela de terror, pero espero que el relatarlos aquí pueda ayudarme a comprenderlos. A mí y a cualquiera que se aventure a leer mi diario.*

Había llegado desde Londres, cansado por una aburrida travesía en barco. El motivo del viaje era recopilar documentación para mi siguiente artículo: un reportaje sobre las leyendas irlandesas. A pesar de lo emocionante de la misión, mi aspecto era el de un hombre cansado, y mi humor, a aquellas horas de la noche, era de perros.

Mi viejo amigo George, un médico cirujano de gran prestigio, me había ofrecido, amablemente, una habitación en su casa familiar. No me negué a tal propuesta. La hospitalidad que me brindaba su hogar estaba, además, aderezada por la presencia de sus dos hijos: la bella Charlotte y el joven Tom, que habían sido educados con la misma templanza que tenían sus padres.

Aquella noche desembarqué en el puerto y contraté un coche hasta la casa de George. Mientras sufría el incómodo traqueteo del carruaje, no deseaba otra cosa que quitarme las botas caladas y sacudirme de encima la humedad del clima irlandés.

La estancia en casa de mi amigo iba a ser muy provechosa. Contaría con conversaciones agradables que me ayudarían a evadirme del trabajo y alegrarían aquellas solitarias noches lejos de mi familia y de Londres.

Estaba deseando cruzar el umbral de la puerta y saludar a Agnes, su querida esposa, siempre agradable en cualquier ocasión. Sin embargo, cuando el cochero paró ante la verja de la vivienda, y mis ojos observaron el crespón de la puerta, supe que mi llegada resultaba de lo más inoportuna.

Aquel lazo negro anunciaba una muerte en la casa.

Tras un instante de vacilación, concluí que debía presentar cuanto antes mis respetos, fuera quien fuera el fallecido. Sabía que la madre de mi amigo estaba ya muy mayor y que los diversos achaques podían haber complicado su salud durante el invierno. Así que descendí del carruaje y despedí al cochero.

Cuando subí la ristra de escaleras y tiré del timbre, el ama de llaves apareció tras la puerta. La mujer me reconoció al instante, y a pesar de sus intentos por guardar la compostura, no hizo sino deshacerse en lágrimas.

—Buenas noches, señora —dije—. No estaba enterado de la pérdida. Veo que mi llegada es de lo más inoportuna.

El ama de llaves sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y lo introdujo tras sus lentes de aumento.

—Oh, señor Stead —murmuró— ... creo que la familia se sentirá muy confortada teniéndole con nosotros. Consolará a los señores en estos amargos momentos.

Yo dudaba si preguntar la identidad del fallecido. Tal vez no era lo más adecuado, pero la pena del

ama de llaves era tan profunda que comencé a inquietarme. Decidí quitarme el abrigo húmedo para entregárselo a la mujer cuando, de pronto, me di cuenta de lo que sucedía.

Ante mí, las puertas del saloncito se hallaban abiertas. En el interior, un grupo numeroso de personas se congregaba alrededor de un lecho. Cuando vi quién se hallaba en él, caí en la cuenta del doloroso desenlace: la bella Charlotte, hacía meses tan llena de vida, reposaba ahora sobre una cama rodeada de liños blancos.

Su aspecto era el de una princesa sacada de un cuento de hadas. No había perdido el tono rosado en sus labios y su belleza era más espectacular de lo que yo recordaba. Mi amigo y su esposa permanecían junto a ella, muy apesadumbrados. Ninguno de los dos parecía haberse percatado aún de mi presencia.

—Qué tragedia, señor Stead —susurró el ama de llaves sin decidirse a llevarme hasta ellos—. Nadie podía presagiar tan horrible acontecimiento. Nadie.

—Pues dígame —contesté aún presa del impacto—: ¿qué le sucedió a la pobre muchacha?

—Un desgraciado accidente —murmuró la mujer—. Nuestra querida Charlotte, ese ruiseñor tan lleno

de vida, tropezó con el listón de madera de un peldaño. La tablilla estaba suelta, y aquel ángel se precipitó escaleras abajo. El doctor dice que tras ese golpe habría sido imposible salvarla. Y llevamos velándola desde esta mañana.

El corazón se me encogió de dolor. Imaginaba la desesperación de mi amigo por la pérdida de su hija. Decidí que no podía aguardar un instante en presentarle mi pésame. Dejé al ama de llaves enjugándose las lágrimas mientras me aproximaba al fondo del salón.

Avancé abriéndome camino entre el grupo de visitantes. Sabía que a cada paso me alejaba de los recuerdos felices vividos junto a aquella familia y me aproximaba más al dolor de mi amigo. En cuanto me vio, George se incorporó para recibirme y me estrechó la mano con enorme agradecimiento. No pude imaginar un momento más horrible en el que reencontrarnos.

—Gracias por haber venido—me dijo tras apartarse un poco de la cabecera—. Ni Agnes ni yo podíamos prever que una tragedia así fuera a sacudir esta casa.

A mi entender, aquel comentario era innecesario. Mi amigo debía saber que yo me haría cargo, y que

cualquier cosa que la familia necesitara se cumpliría de inmediato.

—Hemos dispuesto que el entierro sea mañana por la mañana —me explicó a continuación—. Nos gustaría que acompañaras a nuestro hijo Tom hasta entonces. Está muy afectado por la pérdida de su hermana.

Asentí sin rechistar. Sabía que cualquier ayuda sería bien recibida. Acordamos que yo recogería al joven Tom de casa de su abuela y no lo dejaría solo ni un instante.

Mi amigo posó la mano sobre mi hombro y ambos asentimos. Desde que nos habíamos conocido, hacía ya veinte años, no había pensamiento que no traspasara la mente de los dos a un tiempo.

La compungida ama de llaves había llegado ya hasta el lecho de la joven Charlotte y Agnes se levantó para encontrarse con nosotros. La estreché con sinceridad entre mis brazos. Ningún gesto habría consolado su horrible pérdida, pero a pesar de ello, intenté confortarla. Agnes agradeció mis atenciones y mi ofrecimiento de ayudar en lo que hiciera falta.

La conversación derivó entonces en los detalles de mi estancia. Sugerí a mi amigo y a su esposa que

buscaría un hotel cercano en la ciudad. No pusieron impedimento. Debían de comprender que deseaba respetar su intimidad. Sin embargo, no hubo tiempo para debatir mucho más, pues un eco vibrante nos golpeó en los tímpanos como lo hubiera hecho el crujido de un cristal.

Alguien acababa de chillar a nuestra espalda. Pensé que no era en absoluto apropiado que cualquiera organizara una escena, pero cuando descubrí lo que sucedía al fondo, sentí que la sangre se me helaba en las venas.

El ama de llaves se había llevado las manos a la boca y permanecía paralizada en mitad de la estancia. Por su gesto, algo acababa de horrorizarla. Y cuando mis ojos devastados advirtieron lo que ocurría y dirigí mi mirada hacia el motivo de su alarma, un torbellino de inquietud sacudió mis huesos.

Pues sobre el lecho inmaculado, la bella Charlotte acababa de incorporarse y miraba desconcertada desde su cama rodeada de lirios blancos.

Capítulo 1

El viaje de Hércules

—**H**ércules, ¡dese prisa! ¡El carruaje ya ha llegado!

La señora Miller soltó la cortina y se apartó de la ventana. Había tiempo de sobra pero, como buena inglesa, no deseaba hacer esperar a nadie.

Hércules, el mayordomo de la familia Miller, partía al día siguiente para América. Estaba ansioso por visitar a su hermana Emma, que vivía en Nueva York. Hacía más de un año que no se veían y Hércules estaba muy ilusionado por abrazarla de nuevo.

A pesar de sus deseos por realizar el viaje, el mayordomo llevaba tiempo posponiéndolo. Su trabajo en la mansión Miller le daba mucho que hacer y, como era un cargo de gran responsabilidad, nunca encontraba el momento adecuado para partir.

Sin embargo, aquel mes de abril, la oportunidad se le presentó en bandeja. El señor Miller necesi-

taba realizar unos envíos al otro lado del Atlántico y, al ver que sus negocios lo tenían muy ocupado, Hércules se había ofrecido para supervisar el encargo. Llevaría los paquetes en su nombre y, así, aprovecharía el viaje.

Al señor Miller le pareció una idea estupenda, y cuando se enteró de que el *Titanic*, el nuevo transatlántico de la White Star Line, se iba a inaugurar aquel mes de abril, no dudó en comprarle a Hércules un pasaje en segunda clase.

—¡Qué afortunado! —había exclamado Agatha al enterarse—. Espero que a tu vuelta nos cuentes todo a Alfred y a mí. ¡Seguro que el *Titanic* es todo lujo y comodidades!

Hércules le había prometido que así lo haría. Aún recordaba cuando la señorita Miller y su mejor amigo, Alfred Hitchcock, lo habían acompañado el año anterior a bordo del *Lusitania*. Todo fue por culpa de una extraña enfermedad de su hermana, algo, a primera vista, inofensivo. Aunque al final las cosas se habían tornado de un tono muy diferente. Uno teñido de misterio.

Precisamente a eso era a lo que se dedicaban Alfred y Agatha en sus ratos libres: a desentrañar ca-

sos extraños. Sucesos que eran incomprensibles para la gente normal. De hecho, Miller & Jones, su agencia de detectives, contaba con un buen puñado de logros a sus espaldas y de sobra era conocida su capacidad para resolver cualquier rompecabezas. Por supuesto, gran parte del éxito de la agencia era gracias a Morritos Jones, socia fundadora y la mejor amiga de Agatha, una perra de dos rabitos muy especial que era una verdadera experta en el trabajo de detective. Los tres formaban un grupo muy peculiar.

—Espero que cuando llegues a Nueva York le des recuerdos a Emma de nuestra parte —rogó Agatha, la mañana del viaje—. Y no olvides visitar a la abuelita Miller en Union Square.

—Por supuesto, señorita Agatha —asintió el mayordomo mientras colocaba su maleta en el recibidor—. Hicimos buenos amigos en Nueva York. No me olvidaré de visitarlos a todos, ni, por supuesto, de presentarle mis respetos a su abuela.

Agatha asintió, ilusionada. Recordaba aquel viaje con muchísimo cariño. De hecho, aún se cartea-ba con algunos amigos, como Harpo Marx.

No importaba la distancia. Las buenas amistades siempre estaban a prueba de millas y fronteras.

Aunque comprendía los motivos por los que Hércules ansiaba encontrarse con su hermana. Ninguna carta podía sustituir la cercanía de los seres queridos. Nada podía compararse con notar su presencia.

Tal y como acababa de advertir la madre de Agatha, el cochero ya se hallaba parado ante la puerta de la mansión Miller. Morritos, que solía estar pendiente de todo lo que sucedía fuera, había tomado el relevo y observaba la calle, subida al aparador de debajo de la ventana. Hércules debía marchar de inmediato. Aún le quedaba un largo trayecto hasta Southampton, puerto desde el que partiría al día siguiente hacia Nueva York.

—Sé que mi padre se muere de ganas por acompañarte —dijo Agatha mientras obligaba a Morritos a bajar del mueble—. Lástima que sus negocios lo tengan tan ocupado. Ojalá no pasara tanto tiempo fuera.

—Señorita Agatha, no se preocupe —respondió el mayordomo—. Si el *Titanic* es tal y como dicen, su padre los llevará a todos a América en cuanto regrese. No puedo estar más contento por tener este pasaje, ¡y nada menos que en el viaje inaugural!

El bueno de Hércules estaba tan ilusionado como un niño ante un tiovivo. Agatha sonrió con ca-

riño y lo ayudó a ponerse el abrigo. Aquel mes de abril aún se presentaba fresco.

Mientras Hércules y Agatha mantenían su conversación, la señora Miller había pasado el rato supervisando las tareas del servicio en la cocina. Cuando regresó, descubrió que el mayordomo estaba a punto de salir, así que, sin perder un instante, se acercó al aparador de la ventana.

—Hércules, tengo algo para ti.

La mujer abrió uno de los cajones del mueble y extrajo un objeto pequeño. Después se aproximó al mayordomo y le tomó la mano.

—Creo que es conveniente que lleves esto para el viaje. Te dará suerte.

Agatha y Morritos se fijaron en lo que la señora Miller acababa de entregar a Hércules. Se trataba de un pedazo de piel de pelo largo atada con un cordel. Parecía, más bien, un amuleto.

—La pata de conejo protege durante los viajes —susurró Clara Miller como si confesara un secreto—. ¡No te separes de ella ni un instante!

Morritos arrugó el hocico al percibir el olor del chisme. No estaba muy acostumbrada a la presencia de otros animales, por mucho tiempo que llevaran

muertos. Agatha, por su parte, echó una mirada desconfiada a su madre, que, al ver la reacción de la niña, se puso enseguida en guardia.

—¡No me mires de ese modo, querida! —exclamó—. Ya sabes que odio los viajes en barco. Así que la señora Hubbard vino ayer a tomar el té para tranquilizarme.

—¿Tranquilizarte? —protestó Agatha—. ¡Pero si no eres tú la que va a embarcarse!

—¡Y qué más da! —se excusó la mujer—. No quiero que Hércules corra ningún peligro. ¡Es el mejor mayordomo que hemos tenido en años! ¿Dónde encontraríamos otro igual?

La señora Miller ignoró la cara de desconcierto de su hija y continuó con sus explicaciones.

—La cuestión es que la señora Hubbard vino ayer a verme y me trajo la solución: ¡esta pata de conejo! Según me contó, fue el otro día a ver a los Zancig, les explicó el problema y ellos se la dieron. Al parecer, protege de los malos augurios.

Así que todo se debía a eso. Hacía semanas que Agatha no paraba de oír hablar de los Zancig. Se trataba de un matrimonio de mentalistas que estaba muy de moda en Londres. Durante los últimos me-

ses, toda la ciudad parecía obsesionada con ellos. Provenían de algún país del norte de Europa, de ahí su nombre raro, y tanto sus métodos curativos como sus remedios caseros estaban en boca de toda la alta sociedad.

—No solo eso —argumentó la señora Miller—. Según la señora Hubbard, los Zancig tienen poderes que van más allá de todo lo conocido. Pueden adivinar cosas, ¡incluso leer la mente de las personas! ¡Es algo extraordinario!

Agatha buscó la mirada de Morritos en un intento de conocer su opinión, pero la perrita no hizo otra cosa que rascarse la oreja. No estaba precisamente interesada en las hazañas del dichoso matrimonio Zancig.

Clara Miller, mientras tanto, se aproximó a Hércules, que se resignó a sus exigencias. Ni siquiera rechistó cuando la señora le introdujo la pata de conejo en el abrigo.

—Estará mejor en el bolsillo —dijo la mujer, casi para sí—. Recuerda no separarte de ella.

Hércules asintió sin mediar palabra. Una vez satisfecha, la mujer se despidió del mayordomo y desapareció para seguir dando órdenes a sus emplea-

dos. Agatha suspiró tras ver la escena y acompañó a Hércules hasta la salida de la casa.

—Despídame del señor Alfred, señorita —le pidió el mayordomo—. Intentaré llevar al día mi diario y anotar todos los detalles técnicos relacionados con el *Titanic*. Sé que le gustará conocerlos a mi regreso.

Agatha agradeció el gesto en nombre de su amigo. Sabía que le ilusionaría. No olvidaría contárselo aquella tarde.

En el exterior, el cochero se impacientaba y Hércules supo que ya era hora de partir. Tomó su maleta, se colocó el sombrero y abrió la puerta de la mansión Miller con Morritos enredada entre sus pies. Sin embargo, el mayordomo no permitió que ni Agatha ni ella fueran más allá del porche, pues podían enfriarse.

Tras entregar su maleta al cochero, Hércules regaló una última sonrisa a la niña y a la perrita. Una llena de satisfacción. Después sujetó con la mano su sombrero y desapareció tras la puerta del carruaje, que partió de inmediato hacia el barco que lo llevaría a América.